

DE GAULLE.- François Mauriac. Editorial Aymá. Colección "Presencia del Tiempo". Traducción de Fernando Gutiérrez. 240 págs. Barcelona, 1965.

Estamos ante un libro discutido que trata de perfilar la semblanza política y humana de un hombre también discutido, quizás ~~el más~~ más discutido por las derechas y las izquierdas, no solo de Francia, sino de todo el mundo, en los últimos veinte años. Ya antes de su aparición, y solo ante el anuncio de su gestación, el libro que comentamos suscitó vivas controversias en los ambientes político y cultural de Francia, pues no en vano era manifiesta la simpatía que el General De Gaulle despertaba en Mauriac. El viejo académico se defiende en las páginas de su libro de la acusación que se le formula de que su adhesión a las nuevas instituciones de su país y al hombre que las encarna sea sentimental en exceso: muchos han llegado a reprochar a Mauriac su actitud de éxtasis casi beatífico ante el General. Sin ocultar su admiración por De Gaulle, Mauriac afirma que no pretende ser un historiador improvisado o aficionado de estos que ~~pretenden~~ ^{aseguran} ser imparciales y luego traicionan la historia, pero promete reflejar en las páginas de su libro la semblanza del General vista a través de un hombre que, poco a poco, se fué convenciendo de la línea política marcada por tan singular y mastodóntico personaje. Dice Mauriac: "Quisiera seguir paso a paso el pensamiento de De Gaulle tal como lo ha manifestado desde el primer día y responderle, ceder o resistir ante él de acuerdo con mi sentimiento actual al escucharle de nuevo, y teniendo en cuenta las consecuencias, que De Gaulle no siempre preveyó." El intento de Mauriac no ha sido, pues, el de hacer un panegírico del General, pero sí una apología de su visión histórica, pese a los que Mauriac considera errores, que no son muchos, como el lector podrá comprobar. La justificación de la postura de Mauriac no nos interesa, pues es muy dueño de juzgar a De Gaulle como le plazca, pero lo que sí es interesante es el método que sigue en la exposición de los hechos que perfilan la figura del General. Siguiendo a Mauriac podemos entender la fascinación que De Gaulle despierta en el francés medio,

ese ciudadano que salió de la desesperanza de la derrota de su patria a manos del ejército alemán y que ve en el General al hombre que ha vuelto a colocar el nombre de Francia entre las grandes potencias mundiales.

Mauriac no puede olvidar el mito que fué para los franceses el General De Gaulle en los días amargos de la ocupación alemana, cuando llegaba a todos los rincones del país una voz interferida por los parásitos del enemigo: "Aquí, Radio Londres. Habla el General De Gaulle..." Después de la capitulación, desobedece al gobierno de Vichy, y refugiado en Inglaterra decide, sin ningún soldado a sus órdenes, completamente solo, que él es Francia. Y Francia le cree, y los Aliados le creen, y esta locura inicial se convierte en la jugada política más arriesgada y venturosa para su país, pues lo levanta desde la catástrofe a la mesa de los vencedores. Mauriac recuerda, emocionado, el Manifiesto dirigido por De Gaulle a los franceses en 1940, en el que, después de recordar a sus compatriotas que Francia ha perdido una batalla, pero no la guerra, les llama a desertar y unirse a él, razonando su postura con estas proféticas palabras: "Nada se ha perdido, ya que esta guerra es una guerra mundial. En el mundo libre, fuerzas inmensas no han entrado todavía en acción. Un día, estas fuerzas arrollarán al enemigo. Es necesario que Francia, este día, esté presente en la victoria. Entonces ella volverá a encontrar su libertad y su grandeza. Este es mi objetivo, mi único objetivo." Condenado a muerte en rebeldía por el Gobierno del Mariscal Petain y desprovisto de la ciudadanía francesa, De Gaulle consigue reunir a su alrededor unos cuantos miles de hombres con los que forma el ejército "de la Francia libre", y está presente en las acciones de Africa del Norte y en las campañas de Italia y, posteriormente, en la liberación de Francia y en la ocupación de la Alemania nazi. Mauriac recuerda el día en que, liberada la región de Francia en la que se hallaba escondido, almorzó con De Gaulle, ~~en~~ al que fué a ver a París. Eran los días azarosos de septiembre de 1944, y en su camino hacia la capital se cruzó con los soldados que aún recogían minas en la carretera. Desde el primer momento pudo Mauriac darse cuenta de la frialdad y serenidad de su comensal, que, en vez de conversar sobre cuestiones militares y políticas, hizo derivar la conversación hacia temas literarios, preguntó por la salud de André Gide y se interesó por las vacantes que debían cubrirse en la Aca-

demia Francesa. "Durante el curso de este primer encuentro adquirí conciencia no del despecho y desprecio que sus enemigos achacan al General De Gaulle con respecto a todos los hombres, sinó de esa pequeña distancia infranqueable entre nosotros y él, no la que crea el orgullo de la grandeza consciente de sí misma, sinó la que mantiene esa tranquila certidumbre de ser el Estado, y esto es decir demasiado poco, de ser Francia." En esta observación de Mauriac encontramos tres características que son dignas de ser consideradas. En primer lugar, la que Mauriac llama pequeña distancia infranqueable que mantiene De Gaulle en su trato con los demás hombres, es un hábito voluntario, impuesto por él mismo a su personalidad, ya que podemos leer en su obra juvenil Le Fil de l'Épée, escrita cuando solo era capitán del ejército, en 1927: "El hombre de carácter incorpora a su persona el rigor propio del esfuerzo. Los subordinados lo experimentan y, a veces, se quejan de ello. Además, un jefe así es distante, pues la autoridad no existe sin prestigio, ni el prestigio sin alejamiento. Por debajo de él se murmura en voz baja de su altura y sus exigencias." En cuanto a su culto al Estado, encontramos en las páginas del libro de Mauriac gran cantidad de anécdotas que avalan este punto: la negativa opuesta por el General a responder a ciertas explicaciones que le había formulado el sindicalista resistente Louis Saillant, negativa que justificó De Gaulle afirmando que los sindicatos "no deben mezclarse en los asuntos del Estado ni siquiera para plantear cuestiones"; la desconfianza en los partidos políticos, que "anteponen sus intereses a los intereses del Estado", y tantas otras declaraciones en el sentido de dar preponderancia absoluta al Estado, culto a la nación, indiferencia por las ideologías y desconfianza hacia los partidos, y aún el afán de dominarlos y reducirlos a la impotencia en beneficio del Estado. En tercer lugar, su identificación con Francia, perceptible en todos los momentos culminantes de su carrera como militar y como político, sobre todo en su decisión, ya comentada, de desobedecer al Gobierno de Vichy y proclamar que "la verdadera Francia no estaba vencida", que la verdadera Francia era la que hablaba por su boca desde los micrófonos de radio Londres.

Hemos glosado estas características de De Gaulle, apuntadas por Mauriac, para explicarnos mejor la admiración del académico francés ante la figura de un hombre que encarna el espíritu de la que Mauriac considera la Fran-

cia eterna, el país que, según él debe su grandeza no al poderío de sus armas sino a su valor moral, a su cultura universal y a su espíritu jacobino. Mauriac intenta explicarse a sí mismo que los defectos de De Gaulle serían rechazables en otra persona que antepusiese su voluntad de poder al bienestar de la nación, pero el General, nos dice, ha renunciado a su vida particular, y al identificar su suerte a la suerte de Francia, ha hecho de su vida una entrega total a los destinos de su pueblo.

El punto más contradictorio de la tesis de Mauriac está precisamente en esta consideración de un De Gaulle providencial, mítico, que ha sabido encontrar, en cada momento, el mejor camino para su pueblo. Si el valor que atribuye a De Gaulle se debe al acierto de su gestión como militar y como político, flaco es el soporte de tanta admiración, que se vendría abajo con el primer fracaso del General en sus decisiones de política internacional e interna. Aparte de las razones de Mauriac, se pueden rastrear otras que hagan explicable el fenómeno De Gaulle. Y estas razones están en su faceta de hombre de estado que ha sabido dar satisfacción a sus compatriotas en el ámbito internacional, colocando a su país entre los más importantes del mundo, doblegando la voluntad de Roosevelt, Churchill y Stalin en las conferencias de Yalta y Postdam. Porque De Gaulle no se conformó con sacar a su patria de la derrota y convertirla en primera potencia; su ambición fué, desde el primer momento, sacudirse el papel de nación de contrapeso que los políticos anglosajones le habían adjudicado; contrapeso primero de Alemania, en tanto que esta fué poderosa, y contrapeso de Rusia después de la derrota alemana. Este independizarse de la tutela inglesa y norteamericana es el que le ha valido a los ojos de su pueblo el prestigio de que goza. El nacionalismo francés, del que es entusiasta Mauriac, no ha podido menos que rendirse ante la persona que se enfrenta al coloso yanqui, que postula una política independiente del Este y también del Oeste, que preconiza la idea de una Europa unida bajo el prestigio y las directrices de Francia.

Esta faceta nacionalista e independiente de De Gaulle explica el odio que su política despierta entre la derecha del país vecino, derecha que está ligada por intereses económicos a Inglaterra y a los Estados Unidos. La acusación que las derechas le hacen a De Gaulle es la de que pone en prác-

tica una política internacional que es aplaudida por la extrema izquierda, una política peligrosa. Sí, evidentemente se da la paradoja de que la política exterior de De Gaulle es la que la izquierda francesa hubiese querido hacer. No es de extrañar, por ello, que la gran prensa de París y provincias, controlada casi toda por los grandes "trusts" capitalistas ligados a los intereses norteamericanos, arremeta contra la política independiente del General, que se indigne ante los desplantes que hace a las directrices norteamericanas, sobre todo en cuestión de armamento atómico, de la defensa de Europa y de su postura ante las ingerencias yanquis en Viet-Nam, Santo Domingo, Congo y tantos puntos de fricción mundial.

Otrox motivo de la malquerencia de la derecha hacia el General De Gaulle es, como señala Mauriac, el pragmatismo que le hace admitir lo inevitable, y que le ha llevado a admitir sin pestañear la pérdida de Indochina y de Argelia. De Gaulle, que no tiene ni representa intereses económicos en las antiguas colonias del Imperio francés, está decidido a caminar por encima de los intereses de grupo para alcanzar la única posición de privilegio que considera auténtica: conseguir la creación de un Africa francófila, fundada en la razón y ligada a la historia, a la geografía y a la comunidad de destino con el tercer mundo.

Mauriac examina también la oposición de las izquierdas a De Gaulle. Las diferencias son patentes: no se le critica la política exterior, sino su desprecio por los partidos, sus desorbitados poderes que hacen de él casi un dictador, su intransigencia con los desórdenes revolucionarios, su mano dura en la represión de las huelgas, su desprecio hacia las sugerencias de los sindicatos. Con referencia al Partido Comunista francés, la hostilidad de De Gaulle hacia él la justifica por la que llama "la gran tara", inexplicable a sus ojos, de depender del extranjero y someterse ciegamente a sus directrices. Pero cuando los hechos lo justifican, como en 1944, De Gaulle pasa por encima de estas consideraciones y es capaz de hacer de Thorez un ministro de su gabinete.

El valor testimonial del libro de Mauriac reside en exponer ante el lector la figura de De Gaulle en todo su contexto nacional e internacional, tal y como la ven sus compatriotas. Este hombre que parece contradicto-

rio, pero que ha seguido siempre una política coherente y dirigida a devolver a Francia su "grandeur"; este hombre atacado por las derechas y las izquierdas, pero aclamado entusiásticamente por una considerable mayoría del pueblo francés; este hombre que, al retirarse de la política en 1946 debido a la obstrucción de los partidos, vaticinó que Francia volvería a llamarle, y que los hombres que entonces se le oponían se agarrarían un día a sus faldones, cosa que sucedió doce años después y que trajo como motivo la implantación de la V República en 1958; este hombre que parece haber pulverizado a los tradicionales partidos políticos de Francia, instaurando una República Consular; este hombre, en fin, cuyo gran acierto no estriba en los métodos de gobierno que propugna, sino en su decisión de apostar a la carta que sabe que va a ganar.